

a las formas de división de la herencia y la designación del sucesor son también resultado de los procesos de movilidad social vividos por cada uno de los hermanos en su propia trayectoria profesional.

Este libro, como afirma Fabrice Boudjaaba en la introducción, aporta una mirada renovada del trabajo en el seno de las familias rurales. A diferencia de la visión tradicional, en la que es considerado fundamentalmente como un recurso puesto al servicio de la reproducción del grupo familiar, aquí es analizado como un recurso individual, una herramienta que puede ser utilizada para materializar proyectos personales, como el abandono de la actividad agrícola y la adopción de otra profesión.

Roland Viader y Christine Rendu (Dir.)

**Cultures temporaires et féodalité: Les rotations culturales et l'appropriation du sol dans l'Europe médiévale et moderne. Actes des XXXIV<sup>e</sup> Journées internationales d'histoire de l'abbaye de Flaran, 12 et 13 de octobre 2012**

Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2014, 282 páginas

Viendo la portada del libro me he preguntado por qué sus directores han elegido el lienzo de Auguste Bonheur (*Labourage dans le Nivernais*, 1855) y no el de su hermana, Rosa Bonheur, con el mismo título, realizado en 1849. En ambos aparece una misma actividad que, seguramente, se puede identificar con una de las posibles formas de «rozar» las praderas (*écobuage*). Sin embargo, desde el punto de vista técnico las diferencias son notorias. Un arado romano tirado por una yunta de vacas en el primer cuadro

Otras veces, el trabajo fuera de la esfera familiar es la única solución posible para garantizar la supervivencia de aquellos individuos que no pueden obtener de ella nada como punto de partida.

Los sujetos del mundo rural, desde esta perspectiva, adquieren un peso específico propio y aparecen como individuos capaces de tener objetivos distintos de la supervivencia de la explotación familiar y de llevarlos a cabo en contextos, a menudo, poco favorables para ello, especialmente para las mujeres.

Belén Moreno Claverías

Universidad Autónoma de Madrid

frente a una carruca con vertedera tirada por tres yuntas de bueyes en el segundo. Es decir, la imagen que pintó Auguste Bonheur, frente a la de su hermana, mostraría un menor desarrollo técnico, un mayor arcaísmo en la realización de una labor agrícola que tenía como fin transformar lo inculto en cultivado. Aunque no se debería olvidar otro apero habitual para estos menesteres, la azada. Además la comparación de algunos de los elementos del paisaje captado en ambos óleos permite establecer diferencias en el grado de desarrollo de la

cobertura vegetal sobre la que se realizaba la roza. En el cuadro de Auguste se puede intuir la presencia de plantas arbustivas, lo que no sucede en el de Rosa. En fin, quizás los directores del trabajo se decantaron por el cuadro más temprano con el interés de transmitir una imagen en la que resaltara más lo inculto que lo cultivado y donde las técnicas de trabajo eran más rudimentarias. En cualquier caso, la observación de ambos lienzos permite entrever una de las cuestiones centrales que recorren los textos que se reúnen en este volumen: la necesidad de prestar atención, y no de manera lineal, parcial y fragmentaria, a la tecnología agraria y a los ritmos de descanso y cultivo a los que se sometía a la tierra. Ello con una finalidad clara: analizar la función que tuvieron los cultivos temporales no sólo en el marco de los sistemas de cultivo, sino también en el de los sistemas agrarios, entendidos como mecanismos de apropiación y posesión de la tierra y de explotación del trabajo.

Para ello, la apuesta de los directores de la obra (Roland Viader y Christine Rendu), que recoge las aportaciones de las XXXIV Jornadas Internacionales de Flaran (2012), ha sido clara: otorgar un papel relevante a la historia comparada. Es esta orientación la que permite explicar el amplio abanico de espacios, cronologías, registros, procedimientos y enfoques a los que se dedican los trece artículos de este libro.

Del sur de Italia a Noruega y del Lacio a Galicia. En este vasto espacio se mueven los estudios presentados. Así, Sandro Carrocci centra su atención en las regiones italianas del Lacio y el Mezzogiorno (pp. 59-

78); Giulia Beltrametti, Roberta Cevasco, Diego Moreno y Anna Maria Stagno en la montaña de Liguria (pp. 235-258). En la península Ibérica, Pegerto Saavedra dirige su mirada a Galicia (pp. 169-200) y Juan José Larrea a los Extrema Durii (Ávila, Segovia, Cuenca, Salamanca) y Toledo (pp. 79-100). Audrey Beaudouin se fija en los territorios más septentrionales, Noruega, Escocia y las islas Shetland (pp. 217-234). Los artículos restantes analizan lo ocurrido en diferentes regiones de Francia y Países Bajos: el de Jean Pierre Devroey en el espacio situado entre el Sena y el Rin (pp. 33-58), el de Nicolas Schroeder en las Ardenas de Bélgica (pp. 101-117), el de Nicolas Poirier en la Turena, Berry, Languedoc y Provenza (pp. 117-132), el de Aurélie Reinbold en el macizo Armoricano (Bretaña) (pp. 133-146), el de Annie Antoine en Bretaña (pp. 147-168), el de Marc Conesa en la Cerdeña (201-216) y el de Christine Rendu en Córcega y en la montaña de la Cerdeña (pp. 259-280). A éstos habría que añadir el texto de Roland Viader (pp. 7-32), con el que se abre el libro, que difiere de los demás pues se podría considerar una hoja de ruta para abordar el estudio de los cultivos temporales, con valoraciones de carácter historiográfico y con propuestas de carácter teórico y metodológico ciertamente sugerentes.

Regiones muy diversas, pero también tiempos muy distintos. Sin embargo, aunque en el título se señale que el estudio abarca el período medieval y moderno, lo cierto es que, salvo el trabajo de Devroey –preocupado fundamentalmente por las estrategias seguidas para la apropiación del

trabajo durante los siglos VIII y X-, los resultados ofrecidos apenas rebasan la frontera del siglo XIII. Cuando esto ocurre se indica que lo conocido guarda más relación con la intuición o la conjetura que con hipótesis consistentes. Esto se hace patente en aquellos artículos que tienen como escenario principal los siglos XIV y XV, los de Carocci, Larrea y Schroeder. Pero también en otros que se mueven en la larga duración, desde los siglos IV-V/VII hasta el XVIII, y que manejan principalmente registros materiales, por ejemplo, los trabajos de Poirier, Reinbold, Antoine y Rendu. El resto, los textos de Saavedra, Conesa, Beaudouin y Beltrametti y otros ponen en los siglos XVIII y XIX su principal foco de atención.

Se podría hablar, por lo tanto, de una cierta descompensación cronológica. Con anterioridad a los siglos XIV y XV lo que se conoce de los cultivos temporales es francamente muy poco. A partir de entonces, y sobre todo entre los siglos XVII y XIX, los relatos son mucho más detallados. Para esas centurias ya se pueden captar con cierta precisión sus rasgos básicos, sus variantes regionales o cronológicas, su función en los sistemas de producción, su papel en determinadas coyunturas demográficas o incluso sociales. Esta diferencia no tendría que ver tanto con una cuestión de interés o desinterés historiográfico cuanto con otro elemento mucho más determinante: la cantidad y calidad de las evidencias utilizadas. Es en este ámbito donde las diferencias son patentes.

Por supuesto que nadie plantea la preeminencia de un tipo de registros. Tampoco se renuncia a la utilización crítica de todo

tipo de informaciones disponibles. No obstante, es evidente la existencia de dos bloques de artículos diferenciados: por un lado, el que sostiene sus propuestas fundamentalmente sobre los testimonios escritos, como sucede en los trabajos de Devroey, Carocci, Schroeder, Larrea, Antoine, Saavedra, Conesa y Beaudouin; y, por otro, el que lo hace principalmente sobre los restos materiales, caso de los artículos de Poirier, Reinbold, Beltrametti y otros y Rendu, aunque en estos dos últimos artículos también se utilizan de manera importante fuentes textuales y etnográficas. En este ámbito es remarcable el esfuerzo que se hace para valorar los problemas y las limitaciones inherentes a cada tipo de registro de cara a hacer visibles los cultivos temporales. En el caso de las fuentes escritas, bien porque no siempre el vocabulario es lo suficientemente explícito a la hora de captar qué hay detrás de las palabras, como señala Devroey, bien porque las imágenes que se desprenden de las fuentes judiciales difieren de la que muestran los fueros o las ordenanzas, como muestra Larrea, bien porque la visibilidad de este sistema es diferente se trate de fuentes fiscales estatales (los catastros), de fuentes señoriales o de fuentes eclesiásticas vinculadas a la percepción del diezmo, como defiende Conesa. En este sentido, habría que preguntarse por qué los cultivos temporales no se manifestaron de manera clara en el registro escrito, sino a partir de los siglos XIV y XV, cuando parece evidente que se recurría a ellos con anterioridad, como proponen, por ejemplo, Devroey, Carocci, Larrea y Schroeder. Es posible que esta tardía presencia y difusión de los cul-

tivos temporales en los textos guarde relación con una idea de Viader, en cuya opinión este sistema no debería considerarse como una herencia arcaica, sino como una cuestión técnica, como un índice de una expansión permitida, tanto por un mayor dominio técnico de los ciclos de erial (*fritche*) y cultivo como por una necesidad creciente de la intensificación del trabajo. En el caso de las evidencias materiales (silos, restos de estructuras de habitación, restos domésticos y mobiliario cerámico fuera de contexto, pólenes, macrorrestos, microrrelieves...) son reveladores los artículos de Poirier, Reinbold, Beltrametti y otros y Rendu. En ellos, sobre todo en los dos primeros, se pone de manifiesto, tanto la dificultad de captar lo temporal a partir del registro material como las limitaciones de la arqueología para detectar con precisión la cronología de procesos de expansión o retroceso agrario o de la puesta en cultivo de tierras y para identificar a los actores de estas acciones y sus motivaciones. Del mismo modo se plantea la incapacidad de la palinología para percibir los desplazamientos de los cultivos y las sucesiones de estadios de la vegetación en tiempos cortos. Estas observaciones, que no son sino una llamada a la prudencia, invitan a seguir reflexionando sobre cómo abordar con honestidad la cuestión de la confrontación de fuentes, del concierto de disciplinas, en palabras de Rendu. Es decir, a hacer que ese manido tópico de la «interdisciplinariedad» deje de serlo y se convierta en un puntal 'real' de la investigación.

Variedad de registros, pero también de procedimientos de análisis y de enfoques.

Las propias características de los restos empleados imponen diferentes acercamientos al objeto de estudio. En primer lugar, la predilección por la larga duración, en el caso de quienes utilizan evidencias materiales. En segundo, la preocupación por el significado —no pocas veces polisémico— de las palabras que los textos utilizan para referirse a los cultivos temporales, como sucede en los trabajos de los medievalistas, interesados por ese *vocabulario impreciso* del que habla Viader. En tercer lugar, la diferente precisión espacial que permiten los análisis realizados con el registro material, capaces de situar con exactitud los fenómenos observados, como señala Reinbold a partir del estudio de los pólenes fósiles, frente a una mayor imprecisión «topográfica» de las reconstrucciones hechas a partir de los textos que se han conservado. En cuarto lugar, el mayor énfasis que quienes trabajan con el registro escrito ponen en las relaciones entre cultivos temporales y modos de apropiación y disposición de la tierra, o entre el señor y la comunidad rural. Por otra parte, se observa una cierta querencia entre los medievalistas a utilizar el *método regresivo*. Este camino, sin duda, puede resultar fructífero, pero se ha de proceder con extrema cautela. El hecho de que en la época moderna, por ejemplo, se incorporasen cultivos como la patata y el maíz, lo que supuso una profunda reorganización de los sistemas de producción agraria, nos debe obligar a ser precavidos a la hora de extrapolar mecánicamente a períodos más tempranos y peor informados lo conocido con mayor detalle, sobre todo en los siglos XVII, XVIII y XIX. También el re-

curso a la etnografía, de suma utilidad como muestra Rendu, ha de superar ese corsé metodológico que potencia más el inmovilismo de determinadas actividades humanas que la idea de cambio o de transformación.

Queda patente en el trabajo que la principal característica de los cultivos temporales fue su plasticidad, su capacidad de adaptación a situaciones muy diversas. Sin embargo, a pesar de la multiplicidad de encrucijadas por las que transitó este sistema, tanto en el tiempo como en el espacio, se desprenden de los artículos ciertas hipótesis que concitan un alto grado de consenso y que pueden marcar el camino a futuras investigaciones. En primer lugar, lo fundamental de este tipo de *itinerario técnico* —usando una expresión de Devroey— es que durante el tiempo en que una tierra estaba en descanso (*friche*) no recibía ningún tipo de labor agrícola complementaria. En esto insiste Viader al remarcar la necesidad de diferenciar con nitidez entre erial (*friche*) y barbecho (*jachère*), siendo lo primero característico de un cultivo temporal. A partir de aquí, las posibilidades de alternar cultivo/descanso fueron múltiples. Pero además se debe tener en cuenta que tierra en descanso no era sinónimo de tierra improductiva, la actividad del pastoreo o el aprovechamiento de plantas como el tojo o la aulaga no se pueden desvincular de los cultivos temporales.

En segundo lugar, cultivo temporal no es sinónimo de marginalidad o de arcaísmo. Esto significa romper esa inercia de una historiografía basada en una concepción evolucionista de los sistemas de cultivo —y

de la propia historia— según la cual la agricultura habría pasado de un estadio donde los cultivos extensivos y atrasados era predominantes a otro, más desarrollado, dominado por sistemas intensivos (bienales, trienales). Bien al contrario, los cultivos temporales se mostraron como una solución técnica, un medio de hacer frente a los problemas de la fertilidad del suelo y también a los de la productividad de la semilla, de la tierra o del trabajo. Concebidos de esta manera, no debe sorprender que los cultivos temporales fueran compatibles con «avances técnicos» como el arado. No obstante, y éste es otro logro del libro, captar, comprender la función de este itinerario técnico sólo es posible si lo ponemos en relación con el papel que jugaron otros sistemas más intensivos —que dieron lugar a cultivos permanentes— con los que coexistió.

En tercer lugar, la práctica de los cultivos temporales no dependía de los modos de apropiación y posesión de la tierra. Tanto las tierras colectivas o comunitarias como las de particulares fueron sometidas a este tipo de práctica. Es por lo que en estas líneas no hemos insistido en estas cuestiones. Ello no significa, como se muestra en la obra, que las modalidades de apropiación del suelo no deban integrarse en el análisis para comprender de manera más precisa un procedimiento que, como sugiere Viader, es básicamente un hecho técnico y una opción relacionada con los procedimientos de regeneración de la fertilidad de la tierra y con las formas del trabajo de la tierra. Posiblemente lo que subyacía a estas formas de apropiación fue lo que per-

mitió convertir un hecho técnico en un hecho social.

Con este trabajo, un tema relegado por la historiografía recupera parte del espacio perdido. Y lo hace no sólo para avanzar en el terreno estricto de la descripción de este sistema de cultivo, sino también para comprender su función en el seno de un determinado sistema social. Es un logro significativo de esta obra insistir en el análisis articulado, sistémico, de modos de cultivo, sistemas de producción y sistemas de apro-

piación y de propiedad de la tierra. En fin, como cualquier actividad humana, los cultivos temporales siempre fueron *una realidad compleja*. Que no hayamos sido capaces de entenderlos *como fueron* es responsabilidad exclusiva de los historiadores no de quienes los utilizaron.

Ernesto Pastor Díaz de Garayo  
Universidad del País Vasco/  
Euskal Herriko Unibertsitatea

Mauro Agnoletti y Simone Neri Seneri (Eds.)  
**The Basic Environmental History**  
Berlin, Springer, 2015, 251 páginas

El libro editado por Mauro Agnoletti y Simone Neri Seneri, *The Basic Environmental History*, es una compilación que se anuncia como *básica* de capítulos referidos a la historia ambiental. La editorial es Springer, donde se publican varias revistas y obras de historia ambiental, *Water History* entre otras, y una serie que ya cuenta con cuatro volúmenes (un libro sobre metabolismo social de Manuel González de Molina y Victor Toledo, otro sobre los comunes de I. D. Rotherham y otro de uno de los editores del libro en cuestión sobre historia del paisaje italiano). Esta editorial está tomándose muy en serio el desarrollo de la historia ambiental en Europa.

El libro se enmarca en un contexto que había comenzado bastante bien con la aparición de obras de este estilo entre el 2009 y el 2010. Nos referimos a las publicacio-

nes que directa o indirectamente se han editado en el internacional Rachel Carson Center de Múnich (Alemania) y a la colección francesa *L'environnement a une histoire* de la editorial Champ Vallon dirigida por Charles-François Mathis y creada por Gregory Quenet, entre otras iniciativas. Aunque en realidad, las compilaciones de libros en la historia ambiental son tan clásicas como su existencia, quizás porque, pese a algunos centros fuertes, aún no existen laboratorios potentes en todas las grandes universidades ni revistas en todos los países. A pesar de lo que se dice sobre el interés ambiental, aún se está lejos de alcanzar el nivel académico, editorial y de difusión e impacto político que tienen, por ejemplo, los estudios de género. Eso es así. En estas condiciones, cualquier iniciativa como *The Basic Environmental History* es saludable.